

Intervención de José Luis Rodríguez Zapatero ante el Comité Federal 26 de noviembre de 2011

Queridos compañeros,

No es este un día fácil para nosotros. No lo es porque hemos de hacernos cargo colectivamente, y yo el primero como Secretario General, de los malos resultados electorales que deparó para el Partido Socialista la jornada del pasado domingo.

Ya lo hemos empezado a hacer, ya hemos empezado a asumirlos como procede, con humildad y con entereza democrática. Con la misma entereza democrática con la que hoy también, sólo seis días después de las elecciones, vamos a dar el primer paso hacia el futuro, hacia una nueva etapa de nuestro partido con la convocatoria del Congreso que elegirá a la nueva dirección.

Queridos compañeros, deseo en primer lugar, en relación con la campaña electoral, destacar, porque merece ser destacado también en este marco, que éstas hayan sido las primeras elecciones de la democracia española que hemos celebrado sin la amenaza del terrorismo. Vivimos hoy circunstancias, las vinculadas con los avatares de la crisis económica que pueden parecer más apremiantes a los ojos de todos, y lo son, pero el final de la violencia terrorista es el hecho de mayor alcance histórico de los últimos años. Sin duda los es, porque otros hechos pasarán y este quedará, y quedará, además, como patrimonio de todos los demócratas.

Por eso quiero agradecer ante todo a nuestro candidato, a Alfredo, que él, que tanto ha tenido que ver con la consecución del fin de la violencia, decidiera dejarla deliberadamente al margen de la campaña, para que no hubiera ninguna duda de que todos los demócratas podían sentirla como propia.

Hoy, que nadie podría reprocharnos que intentáramos sacar pecho con fines espurios, creo que bien podemos expresar nuestra satisfacción –y hasta nuestro orgullo- por haber sido útiles a los ciudadanos, a nuestro país, habiendo ejercido un papel tan relevante en esta fase final de la lucha contra el terrorismo. Hemos hecho lo que debíamos, podíamos hacerlo, nos empeñamos en ello, y lo hicimos.

Compañeras y compañeros, lo sabéis, lo habéis padecido y lo podíamos expresar de muchos modos. Esta ha sido para nosotros una campaña muy difícil. Realizada en condiciones extraordinariamente difíciles, las que precedieron a la campaña e incluso las que sobrevinieron después. Por este

Oficina de Prensa



motivo quiero agradecer a nuestro candidato en mi nombre – y estoy seguro que en el de todos vosotros- el gran esfuerzo realizado, el empeño puesto, la energía desplegada en circunstancias tan poco propicias.

Gracias Alfredo, gracias por este esfuerzo, por ese empeño, por esa energía.

(Aplausos)

Gracias también, por la misma razón al Comité Electoral. Elena, gracias. Gracias a todos los militantes y a los voluntarios. Gracias de corazón. Y ante todo, gracias a los siete millones de ciudadanos que nos han brindado su apoyo. Porque es verdad, tenemos por delante una ardua tarea para recuperar los apoyos perdidos, pero hemos de empezar haciéndolo honrando la confianza de los que nos la dieron el pasado domingo. Hemos comprometido con ellos un programa de acción para los próximos cuatro años, y este programa debe guiar nuestra futura labor de oposición.

No es una excusa, sinceramente, no lo creo. La principal explicación de estos resultados, singularmente adversos, reside en las consecuencias singularmente adversas de la crisis económica. De tanto decirlo, tal vez perdamos conciencia de a qué nos hemos enfrentado: a la peor crisis en muchas décadas. A una crisis no sólo muy intensa, sino muy cambiante también. La peor crisis que hayamos conocido las generaciones vivas, y posiblemente, así lo espero, la peor que vayamos a conocer.

En democracia, los ciudadanos piden responsabilidad a sus gobernantes. Esa exigencia tiñe la valoración de todos los actos y decisiones del Gobierno. La valoración presente y la valoración retrospectiva. La valoración de la persistencia de la crisis, de sus consecuencias, de la incertidumbre creciente que ha ido generando.

Es lógico. Los ciudadanos proyectan sus reproches y sus demandas sobre el referente de responsabilidad que está a su alcance, que es su Gobierno y el partido que lo sustenta. Ocurrió ya en las elecciones autonómicas, y ahora en las generales. Ha ocurrido en nuestro país, como ha ocurrido en otros muchos países en los que se han celebrado procesos electorales en este período.

Ahora bien, siendo esto la causa principal, ello no quiere decir que con ocasión de la gestión de la propia crisis no hayamos cometido errores. Errores de gestión y errores de comunicación imputables sólo a nosotros. Estoy seguro de que ha sido así, y podremos evaluar mejor su alcance cuando tengamos más distancia respecto de los acontecimientos. Hemos reconocido algunos de esos errores, a otros haré referencia a continuación.

Siempre he estado dispuesto a hacer ese ejercicio de autocrítica, a diferencia, quizá, de otras formaciones políticas. Así debe ser, por respeto a los ciudadanos

y a nosotros mismos; a los valores que defendemos y a lo que queremos seguir representando. Si queremos evaluar nuestros errores, y también otras razones menos coyunturales –de esas también tendremos que ocuparnos- que permitan explicar la pérdida de apoyos, la desafección de una parte significativa de nuestros antiguos votantes, debemos hacerlo con buena disposición y con coraje intelectual.

Hay un cierto consenso general, reflejado en las encuestas, acerca de que la desconexión de una parte significativa de nuestro electorado tiene su origen en la primavera de 2010, más concretamente en mayo de 2010. Como todos recordáis bien, fue entonces cuando emergió súbitamente el primer episodio de la crisis de la deuda soberana en Europa, el episodio de Grecia. A raíz de él, el Consejo Europeo de mayo tuvo que reaccionar, y el Gobierno de España también, en apenas unos días, acordando una intensificación de los planes de austeridad nacionales para reducir el déficit público generado como reacción a la primera fase aguda de la crisis.

Cuando ya se había perdido mucho empleo en nuestro país, como consecuencia, sobre todo, del impacto de la crisis en el sector de la construcción, y los indicadores apuntaban a un inicio de la recuperación, la crisis se transmuta en una crisis de deuda soberana, amenazando gravemente la solvencia y autonomía financiera de diversos países europeos, entre ellos el nuestro.

Para protegernos frente a esa amenaza, adoptamos con rapidez decisiones que juzgamos inevitables, y que afectaron en mayor o menor medida a la renta disponible de un número importante de ciudadanos. Es verdad que procuramos hacerlo con sentido de la equidad, y no sólo preservando los pilares del estado social, sino incluso reforzando la protección por desempleo. Pero preocupados y absorbidos por la articulación presupuestaria de las medidas, seguramente no acertamos a integrar su explicación en un discurso global y coherente.

Además, no podemos ignorar la decepción, explicable, que algunos ciudadanos experimentaron cuando quien en los años precedentes había mostrado tanta ambición por ensanchar el perímetro de nuestro estado social –ambición traducida en hechos, en ampliación cierta de derechos y prestaciones- ahora se presentaba como el ejecutor de estos ajustes.

Podéis creerlo, no me siento impulsado por una necesidad de autojustificación, sino por una convicción muy interiorizada. Cuando os digo que hicimos lo necesario, que no había alternativa en condiciones muy difíciles, es lo que he pensado desde ese momento. Como creo que lo hemos hecho desde entonces para evitar que ocurriera lo que les iba ocurriendo a otros países, que han perdido su autonomía financiera y han sido empujados a asumir una situación de claro empobrecimiento interno con una perspectiva extraordinariamente difícil para muchos años.

En efecto, desde aquel momento desplegamos un esfuerzo absorbente y agotador para evitar algo que no sólo hubiera tenido muy graves consecuencias para nuestro futuro económico a corto y a medio plazo, y social, como es natural, sino también para nuestra propia autoestima democrática, para nuestra propia autoestima como pueblo. Un esfuerzo absorbente y agotador en el contexto poco favorable de una UE que no ha sido capaz de encontrar una solución estructural hasta ahora para el problema de la deuda, en realidad una solución estructural para el futuro mismo de la unión económica y monetaria.

Y con todo, desde comienzos de este año y durante la primera parte del mismo, se volvió a reactivar moderadamente el crecimiento económico. Y los datos de empleo comenzaban a ser más alentadores. Pero el deseo sentido acuciantemente por toda la sociedad española de ver al fin la recuperación, se frustraría de nuevo en el verano. Ahora serían los malos pronósticos sobre el crecimiento mundial, y la agudización de la crisis europea sobre la deuda soberana los factores que causaron esta nueva frustración a partir del mes de agosto. Una frustración que se traslada inmediatamente, otra vez, al empleo.

En este escenario, que lejos de mejorar, ha mantenido e incluso empeorado las dificultades en las últimas semanas, tiene lugar la campaña de las elecciones generales. Difícil imaginar un escenario más adverso.

Los resultados obtenidos, malos, como he dicho al principio, ponen de manifiesto que sobre los esfuerzos que hemos hecho para preservar la cohesión social y para proteger la solvencia y la autonomía financiera de nuestro país, ha primado en la valoración social el reproche sustancial, determinante, de las consecuencias de la crisis, y en particular de la situación del empleo, como la más visible y dolorosa de todas ellas.

Después de más de tres años de una crisis tan dura, a la que no se ve fin, y con malas noticias de nuevo en los últimos tiempos, no es difícil entender que en el ánimo de muchos ciudadanos haya podido, más que ninguna otra cosa, y debemos de respetarlo, el deseo de cambiar la realidad por la vía de cambiar de gobierno, y que por ello hayan optado, o bien por respaldar una opción, la que ha resultado mayoritaria, o bien por dar su voto a otras formaciones, como modo de expresar su descontento.

Compañeras y compañeros, estoy convencido de que ninguna organización política se identifica hoy más que la nuestra con los valores predominantes de la mayoría social, valores como los que encarnan la amplia defensa de los derechos y libertades cívicas que hemos impulsado o reforzado en estos años, o con los principios fundamentales del estado social al que tanto hemos contribuido en su desarrollo.

Oficina de Prensa



No están ahí pues, creo, las causas de nuestra derrota. Éstas hay que buscarlas, sobre todo, en el descontento político y la intensa preocupación social generada por la persistencia de la crisis y en las dudas sobre la capacidad para salir de ella, aunque no dependiera sólo ni principalmente de nosotros. Esto es lo que ha llevado a muchos a buscar el cambio por el cambio o a dejar que este se produjera.

El Partido Socialista es capaz de movilizar amplias corrientes sociales cuando es percibido como alternativa de gobierno. Esta es nuestra vocación natural desde el inicio de la transición: ser partido o alternativa de gobierno, ser fuerza mayoritaria. Y en tal condición nadie ha dejado tanta huella en la democracia española, una huella de modernización y progreso como nosotros. El objetivo es volver a serlo y volver a serlo pronto. Para ello tendremos que saber tomar el pulso a los valores mayoritarios de la sociedad española en un mundo global y cambiante y en una Unión Europea y en un proceso en la Unión Europea absolutamente determinante. Y junto a ello, recuperar su confianza como partido que es capaz de gestionar la economía y de fomentar el empleo.

Compañeras y compañeros, esta es ya la tarea del futuro, la que le corresponderá realizar a la nueva dirección del partido, la que resulte elegida en el Congreso que hoy convocamos. La historia de nuestro partido se construye con victorias y con derrotas. Soy muy consciente de que salimos heridos de esta derrota, de que este es un tiempo particularmente difícil para nosotros. Pero ello no merma un ápice mi confianza en nuestro futuro, mi confianza en nuestros militantes, en la fuerza de nuestra trayectoria y en el amplio respaldo social que los españoles nos han dado en tantas ocasiones.

La historia de nuestro partido se construye también, y sobre todo, Congreso tras Congreso, con el debate robusto y la libre elección democrática de nuestra dirección. Así lo hicimos en todos los Congresos y así lo haremos ahora también.

Compañeras y compañeros, este es ya el tiempo del Congreso, es por tanto el tiempo de los militantes, es el tiempo de abrir la nueva etapa. Permitidme que os de las gracias de nuevo por el apoyo que me habéis brindado a lo largo de estos años, por el apoyo que le habéis brindado a esta dirección, sobre todo, en los últimos tiempos tan complicados para todos. Y os quiero transmitir todo mi cariño, todo mi afecto, todo mi respeto. A vosotros y, a través de vosotros, a todos los militantes de este gran partido. Y de manera muy especial a todos los ciudadanos que han confiado en nosotros en las urnas durante estos últimos años. Muchas gracias.